

LITURGIA DE LA PALABRA

La proclamación de la Palabra de Dios escrita siempre ha formado parte fundamental de la oración y la Liturgia cristiana. En el encuentro con el Señor lo más importante no es lo que nosotros decimos sino lo que Él nos dice: lo propio de Dios es hablar y lo nuestro es escuchar.

La Liturgia de la Palabra es una primera “mesa” donde los hijos de Dios somos alimentados porque no participamos de una simple lectura de la Biblia sino una Proclamación: es Jesús mismo y su Espíritu de Amor quienes se nos comunican cuando la Iglesia se reúne y celebra a Cristo. No recibimos “palabras” sino a quien es la Palabra.

Por eso, la participación en esta primera Mesa de la Eucaristía no consiste en hacer un “comentario de texto” sino en abrir el corazón para recibir lo que Dios quiere transmitirme: acogerlo, saborearlo, agradecerlo. Ya nos enseña el Maestro que *los secretos del Reino no han sido revelados a los sabios y entendidos sino a la gente sencilla* (Mt 11,25).

Así, la Palabra de Dios alimenta, es decir, ilumina, fortalece y abre nuevos horizontes para nuestra vida.

LOS DOS MOMENTOS DE UNA CONVERSACIÓN

El primer momento de la Liturgia de la Palabra (y el más importante) es la Proclamación de las Sagradas Escrituras. **Dios habla y se nos regala.** El segundo es **nuestra respuesta de acogida y de fe: profesión de Fe y oración de los fieles**. En medio, a modo de bisagra, está la homilía del ministro.

Estamos ante una auténtica conversación entre Dios y su Iglesia. Y necesitamos experimentarlo como un auténtico diálogo, un diálogo especial, un diálogo que nos enseña también a relacionarnos con nuestro Padre. Más todavía y mejor: con Dios se dialoga; no se discute. Estamos en el ámbito del amor y la confianza.

Hay una manera de pensar muy frecuente que devalúa el valor y el poder de la Palabra de Dios escrita. “Es que eso se escribió hace muchos años”, “es que la sociedad y la cultura de aquel momento era otra cosa muy diferente a la nuestra”, “la Biblia es un libro con géneros literarios diferentes”, “la escribieron hombres; no es un dictado de Dios”... Todo eso es verdad, pero no absolutamente. La Biblia forma parte del tesoro de la divina revelación, es decir, Dios mismo se nos da a conocer. No es un libro que pretende hacer ciencia, ni política ...sino una presentación del Dios enamorado del ser humano que ha ido entrando en su historia, poco a poco y paso a paso, para hacer realidad su proyecto de Amor. Por tanto, como dice el Concilio Vaticano II, ha de ser leída con el *mismo Espíritu con que fue escrita* (cf. Dei Verbum 12). Las Sagradas Escrituras existen para ser acogidas con Espíritu Santo y en el sentir de la comunidad, de la Iglesia. Si no, en efecto, las convertiremos en un libro más y perderán toda su fuerza salvadora. Si alguien busca en la Biblia algo que no sea a Dios está perdiendo el tiempo. Por eso, la Biblia tiene un valor permanente que va más allá de épocas, modas, ideologías o cosas parecidas: Dios es siempre el mismo y el ser humano, en sus aspectos fundamentales, también. La oración es el lugar donde se puede leer.

PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

En cada Eucaristía somos testigos de una **Palabra de Amor**, siempre de Amor. Dios se nos da a conocer y se nos muestra como Amor. Por eso, el creyente que escucha necesita tener claro que estamos ante una “carta de presentación” del Señor. Esta clave nos ayuda para aprender a participar en la Liturgia de la Palabra.

A través de las lecturas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, Dios se revela como un Amor que se ha abajado a nuestra altura, se ha hecho caminante de nuestro camino para conducirnos hasta Él. Dios, entrando en nuestra historia la ha convertido en una **historia de salvación**.

Los Domingos y solemnidades escuchamos dos lecturas y el Evangelio y en el resto de los días una lectura y el Evangelio, intercalados por el Salmo Responsorial y la Aclamación o el Aleluya.

Normalmente, cuando se proclaman dos lecturas suelen ser del Antiguo y del Nuevo Testamento, excepto en Pascua, que la primera siempre corresponde al Libro de los Hechos de los Apóstoles. Esta primera lectura suele hacer referencia a la temática del Evangelio que recibiremos después.

Hacemos este camino desde el Antiguo Testamento hasta llegar al Evangelio para mostrar que **toda la historia de la salvación mira hacia Cristo y tiene en Él su punto culminante**.

El **Salmo Responsorial** (respuesta) se hace después de la Proclamación de la primera lectura como un momento orante para saborear la enseñanza que acabamos de recibir. Recordemos que el Libro de los Salmos ha sido el auténtico manual de oración tanto para el pueblo judío como para la Iglesia. Dios mismo es quien ha inspirado estos poemas para enseñarnos cómo rezarle y poner en nuestra boca y en nuestro corazón las palabras que le agradan. Por eso, el Salmo no puede ser sustituido por una canción o por otro tipo de texto religioso, por bonito que sea. Nada se compara a la fuerza del Espíritu que ora en nosotros a través de los Salmos inspirados por el mismo Dios. María y Jesús rezaron con ellos.

El **Aleluya o la Aclamación** (tiempo de Cuaresma) nos predispone al encuentro maravilloso con el Señor en el Evangelio. Siempre es una expresión gozosa del Pueblo de Dios que se pone en pie ante la llegada de Cristo. Jesús viene a nosotros en su Palabra. Después de todo lo escuchado anteriormente llegamos ahora al cumplimiento de todo: ¡ha llegado la salvación en Jesús, el Mesías! Por eso cantamos ALELUYA (¡alabad al Señor!). ALELUYA es el grito de la Iglesia ante el acontecimiento de la resurrección de Cristo, de su victoria; es el canto de la Pascua. Por eso durante el Tiempo de Cuaresma se sustituye por otra aclamación. Así nos preparamos, ansiosos, para poder gritarlo en la noche santa de la Resurrección.

El **Evangelio** siempre ha de ser proclamado por un ministro ordenado para mostrar que no estamos ante una simple lectura, sino que es el mismo Cristo, representado en su ministro, quien nos habla. Deseamos que Él habite en nuestra mente, en nuestras palabras y nuestros sentimientos; que su Palabra sea todo en nosotros. Por eso nos marcamos con la cruz en la frente, en la boca y en el pecho antes de escucharlo. Como reconocimiento de la Presencia de Jesús en su Evangelio el ministro también hará la señal de la cruz sobre la página del texto sagrado y al finalizar lo besará.

Si el que preside la celebración es el Obispo bendecirá a los fieles con el evangelionario y será él quien lo bese al final de la proclamación, debido a que el Obispo, Sucesor de los Apóstoles, es el “Custodio del Evangelio de Cristo” con la misión de guardar y enseñar la Fe verdadera.

PROFESIÓN DE FE

En los domingos y las solemnidades la Iglesia reunida profesamos la Fe recibida en el Bautismo con la recitación del Símbolo de los Apóstoles o el Credo Nicenoconstantinopolitano. De nuevo, nos encontramos en la Eucaristía con una alusión al Bautismo.

La Profesión de Fe acompaña a los momentos principales de la vida del creyente y también a las celebraciones fundamentales. Al inicio de nuestra Vida lo recitaron nuestros padres y padrinos, luego en la Confirmación... también es bello que la última oración del cristiano antes de partir al Padre sea la recitación del Credo.

Esta es nuestra Fe, esta es la Fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor nuestro (Del Ritual del Bautismo). Es la oración de nuestro Sí a Dios, de nuestra gratitud por el regalo maravilloso de conocerle y vivirlo en la Familia de la Iglesia. El Credo es la puerta que nos abre a la vida por la que somos hijos de Dios y podemos participar para siempre de su Amor. Ante Cristo, la Asamblea está en pie en la Eucaristía y como respuesta a su Palabra, decimos Sí, profesando nuestra Fe.

“Jesús, quiero seguirte, acojo tu Palabra, renuevo mi compromiso por escucharte y vivir de ti, quiero seguir trabajando por la construcción de tu Reino en la Familia preciosa de la Iglesia que me has regalado. Gracias”.

Después de escuchar la Palabra no queda otra respuesta que la docilidad del corazón expresada en la Profesión de la Fe.

ORACIÓN DE LOS FIELES

El momento de las peticiones recibe este nombre porque desde la Iglesia primitiva, los catecúmenos que todavía no habían recibido el Bautismo eran despedidos después de la homilía permaneciendo sólo los “fieles”, es decir los creyentes bautizados que **ejercen en esta oración su sacerdocio bautismal**. Unidos a Cristo oramos por las necesidades de la Iglesia y del mundo entero, desde las más generales a las más particulares.

Acogida la Palabra de Dios en nuestro corazón, brota como primer fruto el amor expresado en la oración. Como los discípulos de Emaús, pedimos que **Jesús se quede con nosotros**, en todas las situaciones de dolor, sufrimiento y necesidad que viven nuestros hermanos. Que todos los hombres y mujeres del mundo formen parte del Reino de Dios y puedan disfrutar del auxilio de Cristo.

El mismo Espíritu inspira a orar por la Iglesia, por los gobernantes, por la conversión de los no creyentes, por los que sufren... **La Palabra de Dios nos ha sacado de nosotros mismos para mirar a nuestro alrededor y convertirnos en voz orante de todos los necesitados.**

La Oración de los Fieles expresa el regalo inmenso del Bautismo, que nos hace capaces de unirnos a Cristo como Cuerpo y Familia suya para suplicar al Padre. No podemos acostumbrarnos ni convertir en rutina el orar unos por otros. Tampoco lo hacemos a “título individual” sino como Iglesia. Es Jesús quien reza con nosotros y en nosotros, sabiendo que *cuando dos o más nos ponemos de acuerdo para pedir algo al Padre Él nos lo concederá* (cf. Mt 18,19)

Como Oración universal, es bueno no reducir las peticiones a intereses personales. Es un momento para abrir al corazón y sentirnos parte de la Iglesia extendida por toda la tierra, parte de un mundo que va más allá de los muros de nuestra comunidad, para sentirnos unidos a ellos y orar con ellos y por ellos.

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA HOMILÍA

Una de las acciones preciosas del Pastor dentro de la comunidad cristiana es la de ENSEÑAR. La homilía es el momento más fuerte del ejercicio de esta misión de los ministros. La Iglesia enseña que se debe orientar como una ayuda para acoger la Palabra y para animar al Pueblo en su seguimiento de Cristo.

Desde aquí podemos entender que dentro del marco de la Liturgia es algo importante pero no es ni muchos menos el centro. Es un error cuando esperamos la predicación del diácono, del presbítero o del obispo y dejamos pasar la Proclamación de la Palabra como si tuviera un valor secundario.

Lo primero es abrir el corazón y ponernos cara a cara ante Dios que nos habla. La homilía viene después. No podemos esquivar el encuentro con el Señor para poner nuestra atención en las palabras del ministro como si fueran las que realmente interesan. Primero Dios...después el resto.

DECÁLOGO PARA APRENDER A ESCUCHAR A DIOS

1. A Dios se le escucha más desde el corazón que desde los oídos: no trates de examinar su Palabra sino de acogerla. Para que llegue a tu corazón lo primero es abrirlo y ser sincero contigo mismo.
2. Haz un acto de Fe: no voy a escuchar algo cualquiera sino la Palabra de Dios que es vida y alimento. Quiero creer.
3. De nuevo la humildad. No nos habla alguien cualquiera sino Dios. La actitud del niño pequeño o del aprendiz es la adecuada para recibir la Palabra.
4. Pregunta: ¿qué me está diciendo Dios de sí mismo? ¿Cómo me está expresando en todo esto su Amor?
5. ¿Qué me quiere decir a mí? ¿Qué es con lo que más me siento identificado y me llega al corazón?
6. No tengas prisa en sacar conclusiones sobre lo que te dice la Palabra. Necesitamos tiempo y dejar que repose en la memoria para después sentir en el corazón.
7. La Palabra no es magia que da las respuestas que tú quieres, como si fuera un "tarot". Deja que Dios ponga en tu corazón lo que Él quiera y no tanto lo que tú pides.
8. Un tiempo de silencio es importante para que la Palabra se descanse en nosotros. En casa, por la calle o donde mejor te venga, repasa aquello que más te ha llegado.
9. Lo que Dios te da, compártelo y da testimonio de ello. El Espíritu te pondrá situaciones y personas donde lo que tú has recibido les puede venir bien a ellos.
10. El Espíritu Santo es el gran protagonista de la ESCUCHA. Invócale, pide que te ayude y Él pondrá en tu corazón lo que el Señor quiera hablarte, bien a través de recuerdos, emociones, imágenes, ideas...que te das cuenta que no son tuyas sino que te vienen dadas por Otro.